

## XXXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

### Serán como ángeles del cielo

#### HACIA LA VIDA SIN MUERTE

##### Evangelio Lc 20, 34-38.

***Se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: - Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, cácese con la viuda para dejar descendencia a su hermano". Pues se da el caso de siete hermanos, de los cuales el primero murió sin dejar descendencia. Y uno tras otro se casaron con la viuda y murieron sin dejar tener hijos. Y por fin murió también la mujer. Dinos: cuando llegue la resurrección, de cuál de los siete será esposa la mujer? Jesús les contestó: - En esta vida hombres y mujeres se casan, pero quienes sean juzgados dignos de la vida eterna y de la resurrección de entre los muertos, no se casarán. Pues ya no pueden morir, sino que son como ángeles e hijos de Dios, porque participan en la resurrección.***

Los saduceos - como tanta gente hoy, incluso cristianos - sólo creían lo que lograban comprender con su limitada inteligencia y tocar con sus manos. Pensaban que Dios sólo puede hacer lo que ellos puedan comprender. Y eso es encerrar a Dios en la casilla de la diminuta mente humana; es negarlo.

Crear en un Dios Padre, que nos ama incondicionalmente, y a la vez pensar que ese amor se limita a nuestra corta y muchas veces dolorosa existencia en la tierra, sería tener una imagen absurda y monstruosa de Dios. "*Si nosotros hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solamente para esta vida, seríamos los más dignos de lástima*" (1Cor 15, 19).

Dios no puede amarnos sólo por un tiempo y frustrar la insaciable sed de felicidad, y de vivir en intimidad y comunión con Él para siempre; sed que él mismo puso en nuestro ser, y que en esta tierra es imposible saciar.

Nosotros creemos y esperamos en la resurrección, aunque no podamos demostrarla y ni siquiera imaginarla, porque pertenece a un orden totalmente distinto, al mundo nuevo que cae fuera de nuestras categorías y experiencias. Es como si un niño en el seno materno quisiera comprender lo que le espera al salir a la luz de este mundo.

La prueba y garantía de nuestra resurrección es la resurrección de Cristo, creída por la fe, no por pruebas científicas o históricas. La resurrección de Cristo y de los muertos es la razón de ser, el centro y meta de la fe cristiana. La vida en la perspectiva de la resurrección se vuelve de una fascinante belleza.

A quienes preguntan con qué cuerpo vamos a resucitar, san Pablo les responde: *"¡Necio!, lo que siembras no es la planta que nace, sino una simple semilla"* (1Co 15, 37). La semilla muere y se pudre al dar vida a una planta nueva. Mucho mayor es la diferencia entre el cuerpo físico que se descompone y el cuerpo resucitado, glorioso como el de Cristo Jesús, que Dios nos dará al morir, si lo hemos seguido creyendo en Él y amándolo.

Y no hay que esperar el fin del mundo para resucitar, sino que la resurrección se verifica en el momento de la muerte. Así se lo aseguró Jesús al buen ladrón: *"Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso"* (Lc 23, 43). Ciertamente: hay también resurrección para la segunda muerte, para quienes han rechazado conscientemente a Dios y su oferta de salvación y resurrección.

Pero lo decisivo no es comprender la resurrección, sino desearla, prepararse para ella y alcanzarla gracias a la misericordia de Dios, que toma en cuenta nuestras buenas obras y nuestras cruces asociadas a la cruz de Cristo, que por la pasión mereció la resurrección para él y para nosotros. Sin resurrección, la vida no tiene sentido ni aliciente, y la muerte, menos.

**Padre Jesús Álvarez, ssp**